

CLUB DEL MISTERIO

PETER CHEYNEY



LAS DAMAS
NO ESPERAN...

6



Michael Kells es un agente secreto británico que vive en Francia y espera su próxima misión cuando se encuentra con una mujer hermosa, casi demasiado hermosa para ser verdad, que parece extraordinariamente interesada en él. Cuando finalmente tiene la oportunidad de acercarse sigilosamente a su lado, se sorprende un poco cuando ella incorpora la frase en clave actual en su conversación. «Las damas no esperan». Organizan una cita menos pública, pero Kells llega y encuentra muerto a su compañero agente.

Siguiendo las pocas pistas que tiene, descubre vínculos con la desaparición de otro agente, un posible desertor alemán que ha estado trabajando para los rusos, un científico muy buscado y una agente letal que no se detendrá ante nada para conseguir lo que los rusos quieren.

He aquí nuevamente a Peter Cheyney con lo mejor y más variado de su deslumbrante arsenal de tipos pintorescos, damas y damiselas irresistibles, celadas, asesinatos, espías, contraespías... Ritmo vertiginoso, señorial desenfadado, contagioso buen humor, todos los ingredientes típicos de los grandes relatos de Peter Cheyney están presentes en esta novela cuyos personajes y episodios parecen nacer fácilmente, como por arte de magia, de una inagotable caja de sorpresas.

En una palabra: Peter Cheyney en su mejor forma.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

MICHAEL KELLS, narrador de la historia, agente del Servicio de Inteligencia Británico.

THEODORA ST. PHILIPPE, una mujer maravillosa.

OLLY, mecánico francés; o mejor dicho, su boina, que aparece tirada en la calle.

EVERARD MAILEY JANE, «Janey» para sus amigos, y sobre todo para sus amigas.

MARCINI, un caballero curioso.

JACQUES, portero del Traveller's Club.

EL VIEJO, que no figura por ningún otro nombre, un anciano majestuoso y malhumorado de cuyas decisiones depende una de las instituciones más extraordinarias del mundo.

SILENSKI, un relojero polaco que arregla algo más que relojes.

CARLA, su amiga.

MME. OLGA VOLANSKI, *haute couture*.

ALEXIS ALEXANDROV, ex capitán de cosacos, al decir de él mismo.

MISS FAINS, o Fainits, secretaria del Viejo.

GLYDER, amigo y colaborador de Kells.

SONIA KARAKOFF, dueña de *El Pingüino Amarillo*.

VALERIE ROCKHURST, una mujer incomparablemente hermosa, y terriblemente desconcertante.

HORACE GREELEY, que siempre llama por teléfono.

DETECTIVE SARGENTO WILLIAMSON.

MUSETTE LEHAYE, costurera.

LOS HERMANOS ZEUS, espectáculo de circo.

MARIO SALVATINI, un hombre que sabe manejar el estilete.

M. VÉLIN, comisario francés.

KURT RIFFENBACH.

ADOLFUS AUERSTEIN, sabio atómico.

ROCKIE, de quien se habla casi en el primer párrafo del relato, pero que reaparece, en carne y hueso, a finales de la novela.

I

Todavía hoy no puedo decir que sepa mucho de ella. Lo cual es una lástima. Supongo que si conociera su historia no perdería tanto tiempo pensando. Alguien dijo una vez que la curiosidad insatisfecha se alimenta de sí misma, y nada hay que despierte más el apetito del pensamiento que una mujer misteriosa que llega como caída del cielo, se mezcla en la vida de uno durante un tiempo y luego desaparece sin dejar rastros. Especialmente si además la mujer es hermosa.

En esta profesión bastante extraña que es la mía, uno se siente inclinado a especular demasiado sobre la mujer, en términos de su efecto peculiar sobre la gente –y digo peculiar porque no hay dos hombres que reaccionen exactamente igual frente a la mujer. Si no fuera así, la vida resultaría mucho más fácil.

Supongo que en realidad Theodora St. Philippe debe haber sido una especie de idealista desesperada. Sí, debe haberlo sido –aunque sus ideales fuesen un poco extraños. Además de belleza, y de esa inefable atracción que todas las mujeres aspiran a poseer y tan pocas poseen, debe haber tenido inteligencia y mucho coraje. Debí darme cuenta, cuando la conocí, de que era una persona muy particular. Debí advertirlo. Si no lo hice, fue porque estaba demasiado ocupado mirándola y preguntándome quién y qué demonios era; cuándo y cómo había adquirido esa extraña seducción, esa gracia extraordinaria...

Yo venía del Pré-Catalán, alrededor de las cinco de la tarde. Tomé por los Campos Elíseos, doblé y estacioné el

coche en la Rue Royale, no lejos del Maxim. Bebí un trago allí. No tenía deseo, pero bebí. Hacía tanto calor que apenas se respiraba. Julio, cuando es caluroso, no es mes indicado para estar en París.

Cuando salí, caminé por la Rue Royale: a diez pasos estaba ella. ¡Les aseguro que era digna de ver! Y como yo estaba indeciso y disponía de algún tiempo –aún faltaban unos minutos para mi cita con Olly– y no sabía a dónde ir ni qué hacer, me eché a andar detrás de ella, admirando su forma casi demasiado elegante de caminar.

Me pareció maravillosa. Dobló en el Faubourg St. Honoré, y cuando doblé a mi vez, mi mente volvió a la realidad y decidí que era hora de regresar a casa. Imagino que en ese momento me olvidé de Olly, lo cual es extraño, porque durante las últimas dos horas no había hecho otra cosa que pensar en él. Si no hubiera sido por esa maldita curiosidad mía, habría regresado unos minutos antes. Sea como fuera, comencé a caminar pensando en la mujer. Crucé el Faubourg y tomé por una calle lateral. Fue entonces cuando la vi: una boina de un extraño tono azul tirada en medio de la calle como si la hubieran pisado –cosa que en efecto había sucedido–, con una mancha de grasa a un costado.

Pensé: es la boina de Olly. La cosa no me gustó. Doblé la esquina, y allí estaba el *flic*, con dos o tres personas que hablaban a la vez –a toda velocidad y con vehemencia, lo cual parecía innecesario dado que ninguno parecía saber nada de nada.

Me acerqué a preguntar. Lo único que podía asegurarme era que había visto a Olly –que dicho sea de paso era un francés de unos sesenta años, bastante rudo– apoyado contra la pared fumando un cigarrillo, sin hacer nada en particular. Unos cinco minutos después, al pasar de nuevo por allí, Olly yacía en la calzada de la calle silenciosa. Muerto: aparentemente alguien lo había atropellado con un auto, huyendo luego. El cadáver ya había sido retirado.

Se me ocurrió que era un poco cruel que Olly, con toda su experiencia de guerra, su fortaleza física, su astucia y su coraje, debiera terminar así. Conversé unos minutos más con el policía y me alejé.

Comencé a vagar por las calles, pensando en Olly, desconcertado. Después volví al Maxim y me tomé otra copa. Mientras bebí el coñac apoyado en el bar, mi mente regresaba a aquella boina azul con la mancha de grasa tirada en medio de la calle, y me parecía en cierto modo una cosa viva, como si quisiera alzarse y hablarme; pedí otro coñac, lo pagué, pero no lo bebí.

Regresé: la boina todavía estaba allí. La recogí. No sé si lo hice a sabiendas, pero lo hice. Después volví a vagabundear por las calles. Caminaba más o menos en círculos, que era lo que quería. Al cabo de un rato decidí que tenía tantas probabilidades de dar con lo que quería como de encontrar una aguja en un pajar. Acababa de llegar a esta conclusión cuando encontré la aguja.

Estaba estacionado delante de mis ojos un Citroën 6/15; para el que sepa algo de París esto no tiene nada de desusado: los Citroën crecen entre las piedras allí; las calles están llenas de estos automóviles.

Pero éste yo lo conocía. Alcanzaba a ver el pequeño corte en el guardabarro delantero más cercano, recientemente planchado. Me acerqué al coche y deslicé la mano en la manija de la puerta del conductor. Y allí estaba aquel pequeño surco, del lado de adentro de la manija. Así, pues, supe en seguida a quién pertenecía el auto. Y me pregunté qué diablos estaría haciendo por allí.

Y después vi lo demás: el número de la patente delantera. El número, perfectamente visible, porque el tipo que había pintado la chapa había sido demasiado descuidado; por debajo de su trabajo se podía advertir el contorno de la cifra original. De modo que éste había sido el auto de Rockie, lo cual, pensé, teniendo en cuenta esto y lo otro, resultaba muy gracioso.

Eché a andar otra vez, y terminé deteniéndome frente a la vidriera de artículos para caballeros de Lanvin, en el Faubourg. Pero sin mirar nada en particular. Fumaba un cigarrillo sin sentirle gusto, y pensaba en el auto y en Olly. Cuando me aparté de la vidriera, después de llegar a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo, vi a la mujer que venía del Faubourg hacia mí. La volví a mirar.

No me pareció que fuera francesa. A pesar de sus ropas, decidí que era inglesa. Y que era hermoso mirarla. Al pasar a mi lado me miró de reojo. Pensé: ¡Bueno, bueno...!, y la observé mientras se alejaba flotando por la calle hasta detenerse frente a la vidriera de una perfumería; me está dando una oportunidad de acercarme, supuse.

Pero no estaba seguro, y para hacer una cosa así hay que estar seguro. Hacía tanto tiempo que trabajaba en un garage esforzándome en convencer a todo el mundo de que ésa era mi verdadera profesión, que en aquel momento no pensé que la mujer pudiera tener otro motivo para interesarse en mí. Naturalmente, debí haberlo advertido, pero tres cuartos de mi cerebro estaban ocupados por Olly y lo que acababa de sucederle.

De modo que me dije: ¡Que se vaya al demonio! Crucé la calle, volví adonde dejara mi coche, y me dirigí lentamente a casa. Subí los dos pisos por la escalera y empujé la puerta; entré al dormitorio, me tiré en la cama, miré el cielo raso y me dije: ¿Y de aquí en adelante... qué?

Pero no me duró mucho. Alguien llamó; grité:

—¡Adelante!

El visitante entró, empujando la puerta del dormitorio: era Janey. Janey se apoyó contra la pared y me miró con sus maliciosos ojos azules. Era alto, delgado, huesudo, con un encanto particular muy difícil de describir. No era buen mozo, pero resultaba atrayente. Las mujeres se morían por él. Tenía un rostro extraño. Por muy poco margen no era hermoso. Y los ojos eran magníficos, ojos extraños, profundos, a veces suspicaces, a veces fríamente sonrien-

tes. Caminaba con una elegancia descuidada muy personal y su ropa –no importa lo vieja que fuera– siempre le caía a la perfección. Hubiera parecido bien vestido con una bolsa de arpillera.

Se llamaba Everard Mailey Jane. Alguien me dijo que procedía de una antigua familia; alguna mujer lo había rebautizado «Janey», y el sobrenombre le había quedado. Le sentaba bien. Parecía tener dinero, y había recorrido el mundo ocupado en cuanto tarea le había parecido interesante. Era inglés, pero había peleado en la segunda guerra con los norteamericanos; tenía un par de medallas.

Yo lo había conocido en Frankfurt dos años antes.

–Muy bien, viejo sucio –me dijo sonriendo–. Tirado en la cama, mirando el techo y fumando. ¿En que estás pensando? Una mujer, seguramente.

–No te imaginas cuánta razón tienes –le dije–. ¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

Alzó las cejas.

–¿Ajá?... ¡Bueno! ¿Y qué te hizo? ¿Te mordió?

–No, justamente morder no. Era hermosa, y perdí demasiado tiempo mirándola...

–¿Y llegaste tarde a una cita?

Asentí. Y le describí mi episodio con la mujer.

Se apartó de la pared; encendió un cigarrillo y comenzó a recorrer la habitación observando los curiosos cuadros que había adquirido junto con el departamento.

–¿Cómo era? –preguntó.

–Alta y delgada, un cuerpo estupendo, y el tipo de piernas que hace soñar. Y una manera de caminar..., tú sabes, Janey. Y qué ropa. Saco y pollera de color chartreuse, guantes negros, una especie de gorro de marinero, sandalias de charol con el tacón justo, medias de nylon... Me ha dejado pensando, Janey.

Bostezó.

–¿Sí? Casi todas las mujeres lo dejan a uno pensando, ¿no es así?

–Supongo que sí. Pero por diversos motivos. Una mujer puede llamar la atención porque no tiene orejas. Eso lo dejaría a uno pensando... pero en otra línea. ¿No te parece?

–Claro. Bueno, ¿y qué tenía de maravilloso ésa que viste?

–No sé. Estaba perfectamente bien vestida. Parecía inglesa. Tenía aire de persona educada. Pero al mismo tiempo había algo extraño en ella. Me dio la impresión de que trataba de acercarse a mí.

–Eso no deja mucho que pensar, ¿no te parece? ¿Así que trató de acercarse?

–Bueno... tal vez... –Bajé de la cama–. Ese detalle quedará eternamente indeciso. No pienso preguntárselo.

–Tu descripción me recuerda bastante a una mujer que conocí en Frankfurt –dijo Janey–. Ya te contaré. –Miró su reloj de pulsera–. ¿Sabes qué hora es? Las seis. Me parece que podríamos ir a tomar un trago por ahí.

Lo miré. Pensé: me gustaría saber qué está pensando, qué está tratando de hacer. Me dije: me parece que eres un hijo de perra, y si es así, ya te arreglaré las cuentas, Janey.

–Me parece una gran idea –contesté–. Vamos.

Bajamos y caminamos un rato. Entramos al Charley's. Janey decía que le gustaba su atmósfera. Tomamos dos *whiskies* con soda. Acababa de pedir otra vuelta cuando entró un hombre y se acercó a nuestra mesa.

–¡Hola, Janey! –dijo–. ¿Qué tal?

Era bajo y delgado. Tenía pómulos prominentes y una pronunciada palidez. Parecía ligeramente tuberculoso, o algo por el estilo. Su rostro era mezquino, con los ojos entrecerrados, pero la casi permanente sonrisa de su boca aliviaba el efecto.

–No demasiado mal –contestó Janey–. ¿Y a ti cómo te va? –Se volvió hacia mí–. Un amigo... Marcini. Un espécimen muy peculiar. –Sonrió–. No sé quién es, ni qué hace

o por qué, pero lo encuentro en todas partes. Siempre anda con dinero en el bolsillo y me paga la copa. Nunca habla de sí mismo. Y cuando hace preguntas, uno ni se da cuenta. –Se volvió hacia Marcini–. Este es Michael Kells.

Marcini me miró.

–Me parece que usted también es un espécimen interesante –comentó con ligerísimo acento extranjero. Retrocedió un poco y me observó–. Me atrevo a decir que debe pesar usted unos cien kilos, a pesar de lo cual parece delgado. De modo que calculo que casi todo es músculo. Veo que tiene buenos ojos, mandíbula fuerte y excelente dentadura, y a las mujeres les debe gustar su cabello.

El mozo trajo nuestras bebidas. Le pedí otra.

–¡Me lo dices a mí...! –se quejó Janey–. Las mujeres han arruinado tantas veces a este tipo, que el proceso ya casi no lo afecta. Por qué se enamoran de él, no lo sé. Tal vez porque no habla demasiado. Además siempre anda encontrando mujeres hermosas, o por lo menos piensa que las encuentra. Por lo común son ellas las que lo encuentran a él.

–Así es... –dijo Marcini–. En cuanto a mí... siempre tengo mala suerte con ellas. No me gustan las mujeres, salvo ocasionalmente. Cuando me encuentro con una, si me gusta, generalmente no gusta de mí. Supongo que es mala suerte.

–¿Por qué? Piense en el dinero y en las preocupaciones que se ahorra. ¿Quién fue el filósofo chino que dijo que la única mujer que el hombre realmente desea es la que no puede conseguir?

–No sé quién fue, pero ese muchacho sabía lo que decía –intervino Janey. Bebió un trago. Prosiguió–: ¿Cómo anda el garage, Mike?

–Muy bien –le dije–. La verdad es que creo que fue una gran idea la mía. Es una mina de oro.

–¿Así que estás haciendo dinero? –preguntó Janey.

–Bastante –contesté–. Y además me aleja de mis vicios.

Se hizo un breve silencio; después Janey prosiguió:

–¿Cómo está ese viejo que solía andar contigo? Lo vi una o dos veces en Frankfurt. Una vez me dijiste que si la cosa marchaba tal vez le dieras la administración a él.

–¿Te refieres a Olly? –dije.

–Sí, eso es. ¿Cómo anda Olly?

Encendí un cigarrillo.

–Murió –dije–. Hace alrededor de una hora. Alguien lo atropelló con un auto y huyó. En una calle apartada. Yo llegué pocos minutos después.

–¡Caramba! –exclamó Janey–. ¡Qué tipo raro eres, Mike! ¡No me habías dicho una sola palabra!

–¿Y por qué iba a decírtelo, Janey? ¿De qué sirve hablar de una cosa así? Cuando un hombre está muerto, está muerto, y se acabó.

–Sí, bueno, caramba, pero era *tu* administrador, ¿no es así?

–Más o menos... Ya encontraré otro Olly. Debe haber muchos tipos en Francia que buscan un puesto como ése.

Janey miró a Marcini y dijo:

–Ya ves: es duro. Por eso triunfa. Una cosa tan insignificante como la muerte de alguien no lo afecta. –Se volvió hacia mí–. Me gustaría saber si darán con el que lo atropelló. Es una canallada atropellar a un tipo y no detenerse.

–De acuerdo –dije.

–Me parece que podríamos cambiar de conversación –intervino Marcini–. No me resulta muy agradable hablar de muertos. Hay otras cosas más interesantes.

–Está bien –dijo Janey–. Hablemos de su última mujer. Marcini alzó una ceja.

–¿Qué mujer?

–Me contó –dijo Janey– que al salir del Maxim (ojo, no sé cuántos coñacs se habrá tomado ahí adentro) descubrió flotando por la Rue Royale un ejemplar devastador.

Era tan hermosa que nuestro amiguito la siguió hasta el Faubourg St. Honoré. Nada más que para poder mirarla.

—¿Y eso fue todo? —preguntó lánguidamente Marcini.

—Sí, así dice él. Eso fue todo. La mujer se disolvió en el aire. Y el único placer que sacó de este breve encuentro, fue que debido a él se perdió una cita.

Marcini rió.

—¡Qué lástima! Apostaría a que la cita era con una mujer todavía más hermosa, y que cuando llegó ya no estaba.

—No —dije—. No tenía ninguna cita con una mujer hermosa. Tenía una cita con Olly. Si no hubiera sido por esa niña habría llegado a tiempo, y es probable entonces que Olly todavía estuviera vivo.

Marcini se encogió de hombros.

—Así es. Así es la vida. Y en este momento, caminando por París, o posiblemente bebiendo un cocktail, está esa hermosa mujer que es indirectamente responsable por la muerte del administrador del garage de Kells. Y ella ni siquiera lo sabe. Me gustaría saber qué pasaría si alguien se acercara a decírselo. Me gustaría saber si lo sentiría.

—¿Qué sé yo? —dije—. No lo sé y no me importa mucho.

—Esta conversación resulta todavía más sombría —dijo Marcini—. Voy a tomar otro *whisky*.

—No me gusta beber demasiado con este calor —dije—, pero me tomaré otro *whisky* con mucha soda y un poco de hielo.

Marcini pidió las bebidas.

—Mike —preguntó Janey—, ¿alguna vez te encontraste con Rockie cuando estabas en Frankfurt?

Lo miré.

—Rockie... ¿Quién es Rockie?

—Bueno, ya está contestada la pregunta. Veo que no lo conociste. Es un tipo de lo más divertido, casi una reliquia del pasado.

—¿Por qué es una reliquia? —pregunté.

–Se cree el juerguista más grande del mundo –dijo–. Rockie debe tener unos treinta años, seguramente no llega a treinta y cinco. Tiene mucho dinero, lo cual no es nada desusado: buen dinero, como que viene de América. Nunca he visto a nadie beber tanto, gastar tanto y divertirse tanto como Rockie.

–¿Se divertía mucho en Alemania? –pregunté–. Yo no diría que Frankfurt era un lugar muy divertido... en aquel momento.

–Bueno, él se divertía –dijo Janey–. Mencioné su nombre, Mike, porque si lo conocías podías haber conocido a su hermana. Hablando de mujeres hermosas me acordé de ella. En mi opinión la hermana de Rockie es lo más hermoso que he visto en mi vida.

–Ajá –dije–. ¿Y qué hace? ¿También se divierte?

Sacudió la cabeza.

–Es deliciosa... y tan sensata como es estúpido Rockie. Vive en Sussex, Inglaterra. Tiene una vieja casa de campo, una granja. A ti te volvería loco, Mike.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Bueno... es una mujer que sabe lo que quiere. Tiene clase. Creo que es muy inteligente, aunque no lo anda mostrando. Y no te aguantaría ningún atrevimiento.

–¿Y por qué me lo iba a aguantar? No la conozco, y no tengo interés en conocerla.

–Hemos hablado de muertos –dijo Marcini– y hemos hablado de mujeres hermosas, perseguidas por Kells, y de mujeres hermosas que viven en Sussex, y me parece que todo esto es muy aburrido.

–¿Y a usted de qué le gustaría hablar? –pregunté.

–A mí no me gusta hablar –dijo Marcini–. A mí me gusta escuchar.

–Bueno, ¿y qué le gustaría escuchar?

–Ahí está la cosa: no sé.

Terminamos nuestras bebidas.

–Bueno –dijo Marcini–, ¿y qué vamos a hacer ahora... si hacemos algo?

–Por mí, cualquier cosa –dijo Janey–. Me quedo aquí dos o tres días, nada más; después sigo con mis viajes.

–¿A dónde vas, Janey? –le pregunté.

–No sé. Pensé que podría volver a Alemania. En Frankfurt, a pesar de lo que tú opines, hay una *fraulein* muy interesante... ¿Y tú, qué vas a hacer?

–Creo que iré a Inglaterra dentro de uno o dos días.

Janey se echó a reír.

–¿Qué te dije? ¡Apenas le cuento sobre la dama de Sussex, y ya decide viajar a Inglaterra!

–¡Tonterías! –dije.

Marcini sacudió la cabeza.

–Te equivocas, Janey –dijo–. No creo que su técnica sea tan brusca. –Recogí mi sombrero.

–Bueno, supongo que los veré en algún lugar algún día. Ya sabes donde encontrarme, Janey. –Apagué mi cigarrillo–. A propósito, ¿cómo descubriste mi dirección?

–En el Traveller's' Club.

–¿Sí? ¿Quién te la dio? ¿El portero?

–Naturalmente. ¿Qué otro podía ser?

Callé un instante; después agregué:

–Bueno... hasta otra vez. –Y salí del bar.

Me detuve un momento en la acera, indeciso. Después comencé a caminar lentamente hacia el Maxim. Atravesé el Faubourg St. Honoré, doblé por la Rue Royale y avancé por la mano derecha de la calle. Cerca del Maxim alcancé a verla. Aguardaba bajo la marquesina, aunque no era el tipo de mujer que uno generalmente ve en esa actitud. Mi amiga de horas antes. Tan fría, tan dueña de sí misma como entonces.

Cuando me aproximaba se volvió y echó a andar en dirección a la plaza de la Concordia. Su manera de caminar seguía siendo muy atrayente. Cuando doblé la esquina, vi que estaba comprando un diario. En torno a nosotros la